

EL ECO DE CARTAGENA.

Jueves 17 de Octubre de 1878.

LA NAVAJA.

Que es española, nadie puede negarlo; pero sin duda en uno de los frecuentes destierros á que se la condenó como arma prohibida, se fué á Inglaterra; tuvo ocasion de apreciar de cerca los milagrosos prodigios de la industria de aquel país, y volvió á España con marcado carácter inglés y más registros que el arca de un banquero, para correr por calles y plazuelas, no tan escondida como el orden y los de orden público quisieran, deseosa de encontrar un motivo para dar á conocer los méritos y virtudes de su reluciente hoja.

Este deseo le ha hecho sin duda fraternizar con el escándalo, y tanto es su cariño hácia él, y tanto gusta de producir con su presencia voces, sustos y desmayos, que sería imposible ver al escándalo y á la navaja divorciados.

En esas tempestades, que, efecto de los vapores del vino, frecuentemente se desatan en las calles, produciendo criminales contiendas, hay como en las tempestades de la Naturaleza, relámpago, trueno y rayo. El relámpago es la bofetada; el trueno, las voces y el tumulto; el rayo que destruye, la navaja. El relámpago, el rayo y el trueno en las tempestades son simultáneos y parecen sucesivos. El relámpago, el trueno y el rayo de una riña son sucesivos, y sin embargo, parecen simultáneos. El odio y el valor han hecho, pues, mayor milagro que la Naturaleza. La venganza se ha burlado de la tempestad.

Pero gozos de su triunfo, no puede olvidar que á conseguirle le ayudó muy poderosamente la navaja. Hay pruebas plenas de que es así. De esas batallas callejeras que por desgracia tan frecuentemente tienen lugar, y que llevan la consternación á todos los ánimos, ¿que queda? Horror y espanto; lágrimas y duelo; tierra regada con sangre, y no lejos de ella una navaja sucia, ennegrecida, que inspira asco y temor al mismo tiempo, y nos obliga á maldecirla, como al autor incorregible de todos los crímenes que se cometen. Es verdad. Podría decirse que la navaja es el capítulo más interesante de la historia criminal de nuestro país. Orgullosa de su poder, ha querido verse retratada para que su recuerdo pase á la posteridad; pero no olvidando sus antecedentes, creyó que su retrato debía hacerse en las hojas de un proceso, y para ello ha invadido los autos criminales. Nin-

gun almacén más surtido de navajas que un juzgado. Allí las hay de todas las clases y de todos los tamaños: unas blancas y relucientes, que se atreven á defender su inocencia; otras manchadas de sangre, denunciando el infame delito; otras en asquerosa barraganía con el moho que empieza á destruirlas.

Dumas decía: «Para descubrir un crimen, buscad á la mujer.»

En España, los jueces, para descubrir á un asesino, empiezan buscando la navaja.

Prosáica y criminal la navaja, tiene, apesar de su mala fama, algunos títulos de gloria; pero el tiempo y la mala conducta de la navaja los han borrado. Podría decir con orgullo que estuvo en Zaragoza, dando vida á una lucha titánica de que Leonidas se hubiese asombrado, si no temiese que le contestasen que estuvo también en el último robo ocurrido, amenazando cobarde á quien no podía defenderse.

Esta es su mayor ignominia, por que la navaja ha nacido para pelear frente á frente. Es el último recurso de la defensa, la última lucha posible, el último baluarte del guerrillero español. Cuando falta la pólvora, la bayoneta; cuando la bayoneta se ha roto, la navaja: despues de la navaja no hay arma que pueda emplearse. ¿Por qué? Porque en todas las luchas hay posibilidad de triunfo; en la lucha con la navaja sólo hay la seguridad de la muerte. El recuerdo de la navaja es siempre repugnante; nos la imaginamos amenazando al infeliz que descansa en el lecho, ajeno á toda idea de peligro, para favorecer el robo; no podemos oír el ruido que produce al abrirse, semejante al ruido de una cerradura que se descorre, sin creer que muy pronto llegará á nuestro oído el ¡ay! moribundo de una víctima; la vemos aparecer en la calle deseosa de ventilar una cuestion cualquiera, y nos sentimos inclinados á gritar ¡socorro! Su enemistad para con el pueblo no puede ser más injusta, por más que aparente lo contrario.

Enemistad y odio tan pertinaces como su saña. La navaja tiene algo del diente del tigre que saborea á su presa.

Miguel Moya.

MISCELANEA.

El ministro de Hacienda francés acaba de crear una comision encargada de estudiar la manera de reprimir los fraudes y prevenir la falsificacion de billetes de Banco y monedas.

Segun dicen los periódicos de Paris, una de las causas de esta determinacion es el haberse introducido en Francia, por la frontera de

España, piezas falsas de 20 francos con la efigie laureada de Napoleón III.

Un periódico del Mediodía de Francia dá la siguiente receta para tener rosas en pleno invierno.

Cuando florecen las últimas rosas de la estacion córtense los capullos en el momento en que van á abrir y tápense herméticamente la cola con cera, enciérrase cada capullo en un cucurucho de papel grueso y bastante ancho para que la flor no toque á los lados, péguese con goma el cucurucho para que no pueda penetrar el aire, y colóquese en un sitio muy seco y bien oscuro para conservarlos.

El día que se quiere una rosa en invierno no hay más que abrir el cucurucho, cortar el extremo de la cola, quemarla un poco á la llama de una vela y poner la flor en agua fría. Dos horas despues se tienen rosas tan frescas como si fueran recién cogidas del rosal.

En Barcelona una señorita se ha examinado de la última asignatura de la carrera de Medicina, y uno de estos días tomará el grado de licenciado en la expresada facultad.

Parece que, por ahora, se dedicará á curar las enfermedades de las mujeres y de los niños.

Un remedio barato y sencillo para la fiebre intermitente es el que recomienda el Dr. Brokes, quien asegura que en sus viajes por Hungría y América ha observado con frecuencia los buenos resultados que produce:

Consiste en tomar un buen puñado de sal blanca pulverizada, como la que hay en todas las cocinas, y tostarla en una sartén muy limpia, nueva si es posible, á un calor suave hasta que haya adquirido un color moreno, semejante al del café tostado. Un hombre adulto y vigoroso necesita una buena cucharada, que, disuelta en un vaso de agua tibia, debe tomarse de una vez. Hay que tener presente que cuando la fiebre reaparece por intervalos de dos, tres ó cuatro días, debe tomarse en ayunas el remedio la mañana del día que sigue al acceso.

Para remediar la sed producida por la sal, se toma, cuando llega á hacerse intolerable, una poca de agua, pero aspirándola con una paja ó un canuto análogo. Respecto al apetito no hay que satisfacerle, durante las cuarenta y ocho horas que siguen á la absorcion de la sal; más que con caldos de pollo ó de ternera; es necesario, sobre todo, durante este tiempo, observar una dieta severa y evitar todo enfriamiento.

En los 18 años que ha empleado este tratamiento, el autor dice que siempre ha producido efecto.

Aunque no es una novedad el uso del cloruro de sodio para esta clase de enfermedades, la baratura de la medicina hace que se deba ensayar por los que estén sujetos á las mismas.

Un ardiente partidario del espiritismo ha fundado en Saint-Maur (Francia), ciudad modesta, un monasterio laico, el cual podrá contener 25 personas. El fundador solo admitirá hombres de edad madura y de una inteligencia bastante superior para poder conocer el nuevo «credo». Al entrar deberán practicar un acto de fé en las onencias espiritistas.

Los padres se reunirán para celebrar el culto é iniciar á los catecúmenos en los misterios de la nueva religion.

Utilizando parte de la presión atmosférica por medio de un sencillo aparato, puede aumentarse grandemente el agua de un manantial, cuando ésta no trae suficiente fuerza para brotar á la superficie desde la corriente subterránea.

Hé aquí el sistema que M. Chérel debió haber adoptado el efecto, y que es sencillísimo. En el sitio que manifiesta el filete de agua, se establece una cavidad y una tapadera hermética. Sobre dicha tapa se adapta un tubo que se prolonga enserrándose hácia abajo, hasta una distancia de 50, 60 ó 100 metros si es necesario, de manera que se consiga una diferencia por ejemplo, de diez metros. Despues se aspira, una sola vez para siempre, el agua en dicho tubo, formando con él una especie de sifón. Esto es, el agua mana bajo la influencia de una parte de la presión atmosférica, equivalente á la diferencia de nivel entre la fuente y el extremo de tubo de desagüe. Esta diferencia de dos, tres, cuatro metros, etc., aumenta el caudal en una proporcion asombrosa.

Una experiencia de este género practicada por el referido agrónomo M. Chérel debió, segun el mismo escribe á M. Dumas, sobre un manantial que daba solo 200 litros en veinticuatro horas, ha dado por resultado, una vez colocado el sifón de que hemos hecho mérito, un rendimiento diario de 35 hectolitros de agua ó sea diez y ocho veces el que se obtenia anteriormente.

La importancia que un aparato tan sencillo y de poco costo ha de extraer para los propietarios de manantiales, es incalculable, pues por su medio podrán regarse muchos campos que hoy carecen de esta ventaja, elevándose en gran manera su valor y mejorándose notablemente las condiciones agrícolas de muchos puntos de nuestro país.